

ES EL odio el que impulsa al mundo en este gran conflicto que amanece con enorme claridad ante aquellos que no quieren ver por su ceguera acomodaticia. Alemania sufre las consecuencias de su generosidad en la acogida de inmigrantes: matanzas en supermercados, camión contra el mercado navideño de Berlín, etc. Ni los pacíficos suecos y noruegos se libran

tróleo. Mas, si los países del Golfo Pérsico son objeto del deseo, de ellos viene el afán desmedido por instalar el islam en Occidente, financiando las mezquitas europeas como vehículos de radicalización. Su propósito parte del propio fundamento doctrinal: a los «infieltes», manda el *Corán* que se les debe dominar por «la fe» (conversión) o por la «espada» (Guerra Santa).

BULEVAR

MANUEL
MILIÁN MESTRE



Muerte a los cristianos

de esta maldición islamista. ¿Qué decir del explosivo amasijo londinense, o de la tormenta que sacudió Francia en 2016, con un París traumatizado y una Costa Azul marcada por la ignominia del odio antioccidental? Aun así, el problema no ha hecho más que despuntar. El odio islamista emerge a partir del apetito desmesurado de las grandes potencias por el pe-

Evidentemente son multitud de ignorantes que no quieren ver. Cuando **Huntington** publicó su libro *El choque de las civilizaciones*, una catarata de necios e incultos se obcecaron en negativas e improperios. Sin embargo, la teología islámica radical amanecía de forma virulenta en Pakistán, y los Hermanos Musulmanes apuntaban su afán de dominio en Egipto. Ya

Jomeini había iniciado desde su exilio en París su Revolución Islámica, y su chiismo repotenciado desde Irán, unido a la ingente torpeza del iluso presidente **Jimmy Carter** (EEUU) desestabilizó el país con el exilio del *sha* y su familia, y el implacable avance de los soviéticos secundando el radicalismo iraní. Las guerras sucesivas del Golfo han desestabilizado el orden internacional surgido tras la IIª Guerra Mundial. La torpeza norteamericana lo ha complicado aún más, al primar sus intereses económicos sobre la estabilidad del mundo. Basta releer las confesiones del **Conde de Marenches** (jefe de los servicios de inteligencia franceses durante 15 años) a la periodista **Christine Ockrent**, en un libro *–Secretos de Estado–* que merecería los honores de texto obligatorio.

El desacierto americano, la insensatez del tándem **Obama-Clinton**, las vacilantes decisiones de **Bush** y de Obama (tan proclive al entendimiento romántico del islam, como demostró su inicial discurso en El Cairo, animando a los musulmanes a la búsqueda de la democracia, algo antitético a su propia cultura, con un poder que dimana del Profeta) y que incendió las

denominadas *Primaveras árabes*. Es en este punto cuando se tuercen las «buenas intenciones» liberatorias, y comienza la debacle en Túnez, Libia, etc. Es aquí cuando los cristianos quedan marcados como objetivo de odio, con el Estado Islámico, Al Qaeda y *tutti quanti*...

Hoy, el mundo occidental contempla con ingente cobardía cómo las cristiandades más antiguas de Irak, Siria o Jordania sufren una extrema persecución ante el silencio de EEUU y Europa. Los cristianos son masacrados, asesinados, crucificados como Jesucristo, degollados ante la inhumana pasividad de Occidente y un insuficiente eco del Vaticano. Lo sucedido en Egipto este Domingo de Ramos, con los atentados en iglesias coptas, debería ser una llamada a la conciencia occidental. Pero Europa, al trapicheo y a mirar para otro lado. El paradigma de la cobardía más lacerante. EEUU, en el conflicto entre intereses y deberes del Imperio. **Putin**, *rasputineando*. La sangre inocente de estos cristianos debería manchar nuestras conciencias, de otro modo releen el *Apocalipsis* y verán dónde se dará la última batalla de la Historia: a diez horas de Damasco.